

LA ÚLTIMA EDICIÓN DE "ULISES": NI TAN NUEVA NI TAN BUENA

A sólo un año de la edición crítica de *Ulises**, preparada por Walter Gabler y publicada por la editorial neoyorkina Garland, el entusiasmo periodístico con el que fue acogida internacionalmente —el 7 de junio de 1984 el *New York Times*, por ejemplo, daba la noticia en primera página con el sugerente título de: “La nueva edición de *Ulises* corrige 5.000 errores”—comienza a debilitarse, gracias principalmente al trabajo sosegado y sistemático de críticos y eruditos como John Kidd, Fritz Senn, David Hayman, e incluso de los mismos asesores de la editorial Garland, como es el caso de Clive Hart y Richard Ellmann. En recientes simposios dedicados monográficamente a este tema, celebrados en París y Monte Carlo, se ha puesto en evidencia la existencia de fallos teóricos de consideración y se ha resaltado el hecho, interesadamente silenciado, de que una gran parte de las correcciones posibles al texto de 1922 pertenecen al plano crítico y no al editorial.

La dificultad que entraña la edición de cualquier texto de Joyce emana de su peculiar modo de composición. Sus obras, y en particular *Ulises*, empezaban a tomar forma en pequeñas fichas de diferentes colores —cuya significación y función, a pesar del esfuerzo meritorio de Walton Litz, aún no han sido satisfactoriamente descifradas. De las fichas pasaban a un primer borrador, donde los datos inconexos, frases e indicaciones que aquellas contenían, se convertían en el primer esbozo narrativo de lo que con el tiempo sería *Ulises*. De este borrador Joyce hacía una copia manuscrita, en la que introducía un gran número de variantes con respecto al primer borrador, y la daba para ser mecanografiada. En este punto se inicia la pesadilla editorial de *Ulises*, puesto que Joyce solía enviar a la persona encargada de pasar a máquina el manuscrito abundantes notas en las que proponía correcciones y emiendas al original, notas que, al parecer no siempre eran tenidas en cuenta. Todo esto unido a los errores normales que incluso el mejor mecanógrafo comete, junto a los problemas de vista que a lo largo de su vida sufrió Joyce, que le impedían en ocasiones leer y entender lo que él mismo había escrito, era lo que llegó a manos del editor, quien, para incrementar la confusión, no era de habla inglesa, puesto que, como se sabe, *Ulises* se imprimió por primera vez como libro en París, y en el último momento se esforzó apresuradamente su terminación con el fin de cumplir los deseos del autor de que la novela saliera al mercado el día de su cumpleaños. El resultado fue altamente insatisfactorio para Joyce, que así lo hizo constar en numerosas ocasiones, y de ello dejó buena prueba en las emiendas que introdujo en las sucesivas ediciones de la novela, publicadas mientras vivió, emiendas que con frecuencia insertaba en la narración de memoria, sin tener delante borrador o texto de ninguna clase.

Por estas razones, determinar y fijar el texto ideal que Joyce habría suscrito es tarea difícil, por no decir imposible. Gabler ha necesitado 7 años —los mismos que empleó el autor en escribir la novela—, ayudado por un equipo de colaboradores y un potente ordenador para conseguir su edición crítica y definitiva, según su propio criterio. Gabler y colaboradores tuvieron que crear un texto inexistente, para el que emplearon las siguientes fuentes: el

* James Joyce. *Ulysses, A Critical and Synoptic Edition*. Prepared by Hans Walter Gabler with W. Steppé and C. Melchior (New York and London: Garland Publishing, Inc., 1984).

SECCION BIBLIOGRAFICA

manuscrito conocido como Rosenbach MS, las copias a máquina, algunas de las correcciones de Joyce a éstas, los episodios aparecidos en la *Little Review* y varias ediciones aparecidas en vida del autor. Sin embargo, Gabler desechó, con grave riesgo para la fiabilidad de su nueva versión, varias ediciones publicadas antes de la muerte de Joyce, como son las que aparecieron entre 1922 y 1926 en Shakespeare Company; tampoco tuvo en cuenta la edición pirata de 1927, ni la conocida por el nombre de Limited Editions Club, de 1935. Para colmo de males, pasó por alto la abundante correspondencia existente entre Joyce y sus editores. No obstante, el material acumulado por Gabler es ingente y representa el intento más serio y sistemático para configurar la edición que todos los amantes de *Ulyses* echaban en falta.

Sin embargo, cabe hacerse algunas preguntas ¿Es realmente la edición de Gabler una nueva versión de la novela? ¿Es definitiva? A la primera pregunta hay que contestar con un rotundo no. La edición de 1984 recoge más de 5.000 emiendas y añadidos, es verdad, pero no alteran sustancialmente el contenido ni la forma de la novela. Algo que olvidó la algarada periodística y comercial suscitada por esta edición es que la mayor parte de las emiendas se refieren a la puntuación, y aunque uno no desprecie la relevancia de un punto o una coma en narrativa tan ambigua y precisa a la vez como es *Ulyses*, no se puede decir que por sí misma sea capaz de modificar el sentido de la novela. En cuanto a las innovaciones léxicas hay que añadir que en muchos casos son atinadas y recogen la intención original de Joyce, aun cuando también hay que añadir que en ocasiones parecen superfluas, cuando no de dudosa legitimidad, como ocurre con el ya famoso párrafo añadido en el episodio 9, más conocido por el capítulo de “Escila y Caribdis”, donde se contesta al enigma varias veces planteado en *Ulyses* sobre “la palabra que todos los hombres conocen”. Gabler incorpora la solución que aparecía en el manuscrito Rosenbach: “amor”, y añade la cita de Santo Tomás: “Amor vero”. Pero si Joyce pretendía dar una solución al enigmático término ¿por qué no la incluyó en las ediciones posteriores a la de 1922? Un despiste, dice Gabler. Demasiado fácil, cuando se conoce a fondo la técnica de Joyce.

Desgraciadamente la edición de Gabler no puede tomarse como definitiva. Son demasiadas las innovaciones que dependen exclusivamente de una apreciación crítica, donde Gabler ha tenido que elegir entre varias opciones, sin más guía que su propio criterio subjetivo de la novela. En este sentido, los trabajos críticos publicados en los últimos meses atacan duramente su labor editorial y ponen en entredicho una gran parte de los 5.000 errores emendados. En el lado negativo hay que señalar igualmente el elevado precio de la edición —más de 40.000 pesetas—, así como la complejidad innecesaria del aparato crítico, con un sistema de referencias que cambia en cada episodio y hace incómodo su manejo. Cabe esperar que Gable acepte, si no todas, al menos parte de las sugerencias que han puesto joyceanos de reconocida solvencia, y que la edición de bolsillo que ha prometido la editorial Garland subsane alguna de las deficiencias señaladas, de manera que el lector de *Ulyses* vuelva a tener confianza en un texto que, ya de por sí, no representa una lectura fácil.

Francisco García Tortosa
Universidad de Sevilla